

La verdad del ser del hombre:

La esencia originaria del hombre (*)

Problemas del hombre moderno

Con sumo gusto vuelvo a esta cátedra, cátedra de estudio ante todo, y vuelvo justamente con espíritu de estudio también. Como está indicado en el programa, mi deseo sería que se entablase en algún momento (tal vez sea el más oportuno al final de la exposición total), un buen diálogo para prolongar en común, el estudio que yo voy realizando.

Como ha dicho muy bien el P. Roig, mi deseo ha sido precisamente recoger la problemática que han planteado los filósofos modernos, con esa agudeza que trae siempre la modernidad. Esta, como la juventud, siempre es más aguda y más escandalosa que la tradición; pone de relieve ciertos matices, y pone sobre el tapete algunos problemas, y en tal forma, que a veces nos escandaliza a nosotros. Sin embargo, no basta con rechazar los problemas, debemos resolverlos. Ciertamente mi deseo ha sido aprovechar esta problemática y recoger el mismo lenguaje que usa el hombre moderno, poder dialogar con él. Por supuesto, cuando sinceramente hacemos los análisis que el hombre moderno reclama, vemos que llegamos a las conclusiones fundamentales de la filosofía cristiana tradicional sobre el hombre y sobre la filosofía misma. Porque el hombre es siempre cambiante, pero siempre el mismo; hay un hombre eterno que nosotros no podemos cambiar, en medio de su historicidad y de sus aspectos siempre variantes; por eso creo que la existencia de un análisis sincero de la realidad del hombre no debemos nunca rechazarla, aunque nos la plantee un Heidegger, o un Sartre, o quienquiera; tratemos, más bien, de cumplir ese análisis con toda sinceridad y con todo rigor.

(*) Conferencia pronunciada en el Instituto Filosófico de Balmeñana el día 2 de febrero de 1959.

He aquí lo que voy a tratar de hacer en estos tres días, que desearía fueran de conversación fecunda entre nosotros; que formásemos, por así decirlo, un equipo de estudio y de pensamiento entre nosotros acerca de estos temas inquietantes.

Estos problemas son, en resumen, qué es el hombre y qué es el ser. Es decir, ¿qué es en última instancia el hombre?, ¿qué soy yo?, problema de todos, que todos nos planteamos en una forma más o menos confusa: en resumen, ¿qué soy yo? La otra pregunta, ¿qué es el ser?, también nos la hacemos todos. Pregunta muy confusa, muy vaga: el ser... el ser parece algo que no se entiende, no se comprende, es algo inasible, el ser; ¿qué es el ser?, parece que no decimos nada preciso. Pero, en realidad, cuando yo te haré esta pregunta mañana, ¿qué es el ser?, y cuando los filósofos te la hacen, no preguntan por una vaguedad, sino que en resumen lo que pregunta es esto: y el conjunto de todas las cosas del mundo, ¿qué es?, porque la pregunta por el ser es lo que nos dará la explicación de ese conjunto de cosas del mundo, su sentido; así cuando nos preguntamos qué es el ser, nos preguntamos por el último fundamento de las cosas; una pregunta ya mucho más seria, más concreta; porque esto es el ser, el último fundamento de las cosas, el último fundamento del mundo, lo que nos dará el sentido del mundo.

Esas dos grandes preguntas de la filosofía, son preguntas de todo hombre; sólo que el filósofo se las hace conscientemente, más ordenadamente; y esto es lo que se ha venido preguntando y ha venido exigiendo que se indague la filosofía moderna.

Las definiciones del hombre

Veamos, pues, lo que es el hombre, y veámoslo sin presupuestos de ninguna clase; sin presupuestos, como exigen los modernos, porque siempre es posible que la filosofía tradicional nos envuelva y nos oculte la realidad más íntima del hombre; creo que no debemos tener ninguna dificultad en estudiar al hombre sin presupuestos, es decir, sin presuponer nada, que nosotros mismos no veamos y que no comprobemos; y lo mismo digamos del ser. Pues bien, esas dos grandes preguntas quería tratar con ustedes entre hoy y mañana; pasado mañana haremos ya algunas consideraciones más en general; primero, pues, esta noche vamos a sumergirnos en esta cuestión y meditación: ¿qué es el hombre?, ¿qué es el hombre en último término?

Es pregunta vieja de la filosofía y de la humanidad; han estado siempre preguntando, angustiosamente, qué es ese ser extraño que llevamos todos nosotros dentro, ese ser tan misterioso que ríe y llora y sufre y es feliz y que nos es difícil comprender. El hombre se ha ido definiendo de muchas maneras a través de la historia de la filosofía; unos han dicho que es «vida», otros dicen

que es «materia»; otros, que es «espíritu»; otros, que «libertad»; otros lo confunden con Dios, el hombre es Dios (el panteísmo), o que el hombre es la manifestación máxima de Dios; nos han definido otros al hombre diciéndonos que es «animal racional», la gran definición filosófica por el género y la última diferencia, o diciéndonos que el hombre es «conciencia», pura conciencia (el idealismo); para algunos el hombre es «libertad», el actuar sin coacción, sin norma, por una total independencia, con plena autodirección, autodomínio; los existencialistas dicen: el hombre es «existencia», «existir», es decir, estar ahí entre las cosas del mundo; son viejas definiciones las que nos presentan al hombre como «animal religioso», lo que caracteriza al hombre es la religiosidad; o «animal político», etc.

Nos han dado, pues, muchas definiciones y caracterizaciones del hombre; todas ellas nos señalan al hombre y lo distinguen de todo lo demás que no es el hombre; pero no nos dan la «última realidad» del hombre, creo yo que no nos la dan; que esa «última realidad» queda hasta cierto punto envuelta por estas otras fórmulas que dicen lo que es el hombre. No hay ningún animal que exteriormente esté construido como es el hombre, por tanto si yo doy ciertos caracteres externos de este animal digo lo que es el hombre, pero dejo de decir tal vez lo más importante del hombre; por eso admitimos que estas definiciones son buenas para decirnos: esto es el hombre y con esto se diferencia de todo lo demás; pero todavía tenemos que preguntarnos nosotros si esto es lo más fundamental, originario, típico del hombre o no, y si no lo es, buscarlo; este ha sido mi trabajo.

Como ha dicho el P. Roig, yo he estado preocupado desde un principio en mis estudios filosóficos por la pregunta por el hombre; el libro LA PERSONA HUMANA responde a esta inquietud; pero he quedado insatisfecho yo mismo y creo que se puede dar un avance; lo intento ahora en esta nueva investigación. ¿Cuál es, pues, entonces, esa última realidad del hombre? No piensen que voy a descubrirles algo nuevo. No soy yo el único que la he encontrado; les digo a ustedes que todos la hemos encontrado, todos la vivimos; yo no voy a hacer sino apuntar, señalar lo que ustedes están viviendo y ustedes lo comprobarán; en realidad todos lo vivimos, basta que nos demos cuenta. Los filósofos tenemos que decirles a ustedes, en realidad, cosas que ustedes mismos han vivido, o que puedan referir a sus vivencias; por lo tanto, cuando ustedes digan: «esto que me está diciendo es lo que yo he estado viviendo siempre, exactamente, es así; yo no lo había identificado como tal, pero es así, lo veo ahora claramente», habré obtenido yo mi objetivo. No voy, pues, a descubrirles a ustedes cosas que ustedes en alguna forma no sepan y que no hayan vivido y comprobado ustedes mismos.

La experiencia del existencialismo

Como esto lo he descubierto en diálogo, digamos, con el existencialismo, vamos a hacer una breve referencia, que nos servirá de punto de partida.

Estaba yo escribiendo mi pequeño tratado sobre Heidegger y me preguntaba cómo es que el existencialismo y Heidegger mismo han fracasado en su propósito inicial que era precisamente ese: responder a la pregunta ¿qué es el hombre? La gran pregunta escandalosa del existencialismo era justamente esa: ¿qué es el hombre? , y eso sin presupuestos. Pero sus respuestas han sido, a su vez, muy insuficientes, después de haber levantado gran alboroto. Nos han dado descripciones del «hombre absurdo» de Sartre, el «hombre sin sentido», pero ya vemos que eso no puede ser el hombre; Heidegger nos dirá: el hombre es fundamentalmente «angustia»; sí, esto es el hombre, pero esto a mí no me llena; hay algo en mí que me dice: no es eso sólo; el hombre es el «estar arrojado en el mundo», «lanzado en el mundo»; sí, es verdad, el hombre está lanzado en el mundo, pero no es esto sólo, hay algo más; finalmente Heidegger va a referir el hombre al ser, camino mucho mejor, pero nos va a dar una concepción del ser irracional, poética, porque el último desemboque de Heidegger es, en el fondo, el pensamiento poético. Jaspers cae también en otra explicación que no satisface, cuyo término es, a su vez, un pensar irracional; pero si el pensar es irracional, yo al hombre no lo voy a comprender nunca. En síntesis, que por una parte vemos los grandes trastornos morales y sociales a que ha llevado el existencialismo de Sartre; por otra, esas grandes confusiones que en resumen no nos dicen lo que es el hombre, no nos responden a esta pregunta. Yo creo que, al menos en parte, ya ellos tomaron una dirección errónea en la búsqueda del hombre, justamente al usar el término «existencia», al decir, el hombre es existencia, el «estar ahí». Los existencialistas, digo, han tomado una dirección errónea para interpretar al hombre, porque «existencia» ya lleva a un desvío, a un error, y un error en el principio que al fin es muy grande. Porque existencia puede tener tres significados: 1) *extra causas sistere*, «estar fuera de las causas»; así lo decían los escolásticos; existir, es estar afuera de las causas; pero, claro, eso no nos dice lo que es el hombre; en sí misma, la existencia es una característica del hombre que es contingente, que está ahí en el mundo, pero no la última realidad; 2) «estar afuera», el estar ahí arrojado afuera, en la exterioridad; así el existencialismo de Sartre; pero claro, el mero «estar afuera», *extra sistere*, sin relación a las causas, sin ninguna dependencia de causas ni principios, el mero *extra esse* no nos dice exactamente lo que es el hombre en sí mismo, cómo es en su estructura interna; 3) Heidegger más

bien ha dado la definición de existencia como «estar ahí», más aún, él fué el que ha dicho: la esencia de la existencia, la esencia del hombre, «es estar fuera de sí, suspendido en la nada, frente al ser»; es decir, la realidad del hombre es estar fuera de sí, desentrañarse. Cuando leí esto dije: «no puede ser; la esencia del hombre no es «estar fuera de sí»; la esencia del hombre está en lo más íntimo del hombre, la raíz del hombre ha de estar dentro del hombre; este estar fuera de sí, si realmente esto es propio del hombre ha de tener alguna raíz, alguna realidad «dentro» del hombre».

La esencia originaria: la in-sistencia

Así pues, considero que ha fracasado el existencialismo, justamente por ser «existencialista», por estar lanzado a una interpretación del hombre «hacia fuera». Ahora bien, si no es hacia fuera, ¿dónde vamos a encontrar nosotros cuál es la realidad última del hombre?, ¿dónde la vamos a encontrar? El mismo planteo nos lo dice: pues, «hacia dentro», adentro del hombre, entrando lo más posible dentro del hombre, es donde podremos hallar su verdadera realidad. Esto parece que se cae de su peso. Para ver yo lo que es el hombre tengo que meterme dentro del hombre y verlo en sí mismo; yo tengo que replegarme sobre mí mismo, tengo que meterme en mí mismo para verme a mí mismo; entonces me voy a encontrar yo a mí mismo. El encuentro del hombre en sí mismo, se realiza en un acto de interiorización en sí mismo; el hombre se encuentra a sí entrando en sí.

Más aún: justamente esta característica de «entrar en sí», de «ser en sí», es la primera diferencia del hombre; el hombre es el único animal que puede meterse dentro de sí; los demás animales están todos volcados hacia fuera, hacia las cosas externas; no tienen el mundo interior en que recogerse. Max Scheler y Ortega han notado que el mono, que sería nuestro antecesor más inmediato según los evolucionistas, se diferencia del hombre por un abismo, porque el mono (en el zoológico lo han visto ustedes), está siempre volcado hacia las excitaciones externas, a que le acucien; cuando de afuera no hay nadie ni nada que le acucie, ¿qué hace el mono entonces?, duerme; el hombre es el único que cuando no hay nada fuera que lo acucie, tiene todavía un dentro, un interior en el cual meterse, en el cual refugiarse, en el cual estar*.

En ese centro es justamente donde él está frente a sí mismo, donde se descubre a sí mismo, donde se instala y desde donde dice

(*) Max Scheler y Ortega han señalado esa vuelta del hombre hacia su interior, «ensimismamiento», pero solo han visto una pura interioridad de los actos de conciencia, sin alcanzar el verdadero «adentro» del hombre.

«yo»; esta es la realidad más original, más característica, más simple del hombre en cuanto hombre; este poder «estar en sí mismo», recogerse «en sí mismo», tener ese «centro interior», en el cual yo me instalo en una forma real, no sólo porque yo me conozco, sino porque yo «me siento en mí mismo», «me vivo en mí mismo». Esa realidad de «*estar yo en mí mismo*», «*ser yo en mí mismo*», eso es lo característico del hombre.

La esencia originaria es lo más simple y primero

Pero, a la vez, eso mismo es lo más simple que podemos decir del hombre; la cosa más sencilla que podemos decir del hombre; y, además, *está en toda otra actividad*, en toda otra característica propia del hombre, donde quiera que haya algo típicamente humano, ahí está esa interioridad, ahí está ese «centro interior» presente, sosteniendo, fundando, dando origen a todo lo propiamente «humano». En primer lugar, es algo muy simple, como ustedes pueden comprobar, ese centro interior en el cual nos recogemos y estamos nosotros solos. En segundo lugar, voy a tratar de ayudar a ustedes a ver cómo eso está presente en toda actividad humana que yo haga. Sea, primero, la *actividad cognoscitiva*: yo estoy «pensando» ahora para hablar a ustedes; pero esa actividad de mi pensamiento para comunicarlo y para transformarlo en palabra, esa actividad yo la tengo «juntamente», dándome cuenta de que yo soy yo, y justamente la puedo tener porque yo me instalo en mí mismo, recojo todos los datos que llegan a ese centro y desde ahí ordeno los objetos, v. g.: esta funda de anteojos, la pienso y proyecto, la pongo frente a mí, la hago objeto; ¿por qué?, yo hago «objetos» porque tengo ese centro interior, porque yo me separo de esa realidad, me coloco en mi centro interior, me vivo distinto de él y entonces lo puedo apreciar; si no, tendríamos todos los objetos como un inmenso cuadro pegado a la pupila de los ojos; no, necesitamos distanciarnos de los objetos externos, del mundo externo e interno, para poderlo apreciar, y esa distanciaci3n es posible y real porque nos instalamos en ese centro. Sin ese centro no hay «conocimiento», propiamente, de «objetos», los animales no tienen, propiamente, «objetos», los animales no tienen una diferenciación plena y refleja, por la cual ellos se afirman frente a los objetos, ¿por qué?, porque no se pueden recoger «en sí», están como sumergidos en las cosas. Conocemos, pues, gracias a ese centro.

Con la voluntad y la libertad sucede lo mismo: para hacer un acto libre tengo que hacerlo yo, desde dentro, yo y nadie más que yo desde mi centro interior; y tanto cuanto lo hago desde dentro es mío; y si no está bien dirigido desde dentro, aunque yo lo haga, no es «mío». Si yo quito la vida a otro de una puñalada, pero yo no la he dado proyectándola bien desde ese centro

interior, esa muerte no me la van a imputar; no es un acto «mío», es un acto mecánico, pero ya no es el acto «humano»; porque no ha salido de ese centro. En cuanto uno no actúa desde ese centro, uno no es uno; por tanto el ser uno está en ser ese centro y desde ese centro.

Y lo mismo digamos de toda otra actividad «humana»: la acción moral, la acción religiosa, la técnica, etc. La técnica, por ejemplo, transforma las cosas materiales. La transformación de las cosas materiales sólo es posible porque yo me distancio de los objetos, tengo mi mundo interior en el cual me recojo y me aislo en mi soledad interna; gracias a esa soledad yo me diferencio de los objetos, y hago en mi interior un plan, para luego volver sobre los objetos y transformarlos según ese plan previo. Ortega y Gasset, en «*Meditación de la Técnica*», ha notado este proceso, pero ha quedado en la interioridad del pensar, la cual, como hemos visto, no es la más originaria. Esta es la necesaria condición de la técnica, del pensar, del obrar humano en general: tener ese centro interior e instalarse previamente en ese centro interior, *ser* ese centro interior. Todo lo que hay en el hombre gira en torno a esto, como ven ustedes.

Esta es, pues, digamos, la característica esencial, primera y originaria del hombre en cuanto hombre; todas las demás definiciones que se han dado del hombre la presuponen, como acabo de indicárselo; es decir, todas las demás caracterizaciones del hombre en cuanto tal tienen como una especie de principio en el cual se fundan, principio simplicísimo; ese principio simplicísimo es *estar-en-sí*.

La in-sistencia

Ahora, ¿cómo llamaremos esta característica? Yo la he llamado: *insistencia*; *in*, que tiene ante todo, sentido de interioridad, estar en sí, y *sistencia*, del verbo *sistere*, latino, que significa estar de pie, firmemente puesto de pie; *in-sistere* e *in-sistencia* los traduzco por ser firmemente dentro y en sí mismo; les doy el sentido etimológico más primitivo de los componentes, porque *in*, ante todo significa interioridad, estar adentro, estar dentro en sí mismo (del griego, *éndon*).

Una nueva observación, antes de pasar al análisis de esta interioridad: este «ser en sí» que llamo «in-sistencia», es a la vez *conocimiento*, reflexión de uno sobre sí mismo, vuelta de uno sobre sí mismo, y también *realidad*, es decir, *ser-en-sí*. Yo estoy en mí por la conciencia refleja, por cuanto yo me conozco a mí mismo; pero en este acto de la conciencia refleja en que yo me conozco a mí mismo aprehendo que *yo estoy en mí mismo realmente en mi ser*, en mi onticidad, es decir, que yo *soy* una realidad que está replegada sobre sí misma en su realidad; es posible que

haya el repliegue cognoscitivo también, el repliegue del conocer sobre sí, es decir, la reflexión de la conciencia; así que esta in-sistencia es a la vez *conocimiento* y *ser*; es experiencia y es realidad, onticidad.

Deberíamos, tal vez, aclarar, para que ninguno se llame a engaño, y no crea que estamos aquí en puro subjetivismo, que es necesario, para llegar a este hecho de conciencia, para emerger a esta luz de la conciencia, en que aparece la in-sistencia en sí misma como realidad, es menester, decimos, que el hombre reciba de fuera algunos impulsos, algunos choques que provoquen su conocimiento; pero ese conocimiento «provocado» desde afuera, es posible sólo por el modo de ser y obrar propio de un centro interior, que se hace patente a sí mismo; como ser-en-sí frente a cualquier objeto.

No hay conocer lo de fuera sin un simultáneo conocimiento de sí; conciencia, es, ciencia juntamente de sí, en todo conocimiento de lo otro; lo de afuera, el objeto externo, es necesario como condición que nos choque, que entre y que nos sacuda; pero en el conocimiento de todo «objeto» es donde despertamos simultáneamente a nuestro centro interior.

Análisis de la in-sistencia

Vamos ahora a ver las características de esta realidad tan simple, vulgar, casi diríamos, y que, sin embargo, es lo primero, lo fundamental, lo esencial del hombre, y que explica todo el hombre. ¿Qué es ese centro? ¿Cómo es? Todos ustedes lo viven; yo voy a señalarles, en forma más ordenada, algunas de las características que ustedes ya viven de este centro. ¿Qué es, pues, ese centro interior? ¿Qué es esa in-sistencia?

1) En primer lugar, se nos aparece como *una*, es decir, como *única*: nosotros tenemos un único centro interior; en torno a un único solo centro, revolotean después todas mis actividades internas, todas referidas a ese centro y todas se me presentan como brotando de ese centro.

2) No solamente es uno, sino que además es simple; simple quiere decir que no está compuesto; yo percibo ese centro mío, íntimo y real como algo que es sumamente simple, puntual, diría yo, matemáticamente puntual, no tiene extensión; no son dos o varios puntos, no aparece extensión de ninguna clase; yo lo veo ciertamente sumergido en mi cuerpo que tiene una determinada extensión, pero todo mi cuerpo y toda mi realidad psíquica, yo la veo conectada a un único centro que me parece a mí simplísimo; una simplicidad que trasciende incluso la dualidad de mi conocimiento, de nuestro conocimiento; porque digo «yo me conozco», y entonces soy a la vez sujeto y objeto de mi conocimiento; esta es la dualidad de todo nuestro conocimiento; pero esa

dualidad del conocimiento de sí mismo, se funda en una experiencia anterior de que hay una misma realidad, que ella es la que a la vez se conoce y que es sujeto y objeto; es, pues, una simplicidad que trasciende incluso la dualidad cognoscitiva que nosotros implicamos en nuestra manera de conocer. Simultáneamente con este conocer dual, nosotros experimentamos el fundamento primero, único, simple, en que a la vez se realiza la unidad óptica de lo que es sujeto y objeto; y si no experimentáramos esa unidad previa, no podríamos llegar a la unión cognoscitiva de ambos; es, pues, nuestro centro in-sistencial *uno* y *simple*.

3) Es *transparente*; la transparencia es otra característica de este centro; este centro es transparente a sí mismo, es como translúcido, como si dijéramos ontológicamente, metafísicamente translúcido; está como penetrado de una luz que le hace verse a sí mismo directamente; no como el ojo se ve en el espejo, sino como una visión directa del alma por sí misma.

4) Otra característica es la *autonomía*, es decir, este centro es distinto, autónomo, «él mismo»; yo soy yo mismo, distinto de lo que no es yo; yo soy distinto de lo otro, soy independiente ópticamente de los otros; estoy relacionado sí, con los otros, pero yo me percibo en medio de mis relaciones, me distingo de los otros, como opuesto a los otros; y, por tanto, yo soy autónomo, tengo una ley propia mía del ser; soy en mí mismo; no puede nadie estar en mí por mí; soy como una habitación en que sólo puedo estar yo; si entra otro en esa habitación, la habitación se derrumba, ya no es ésa la habitación, la habitación es otra. Ni siquiera Dios puede sustituirnos a nosotros; nuestra interioridad no puede ser sustituida ni siquiera por Dios, porque Dios no puede ser yo; yo soy, pues, insustituible, tengo esta autonomía óptica, y ésta es imposible de traspasar ni siquiera por nosotros mismos: cuando uno dice a la persona que ama «yo me entrego a ti *totalmente*», le está diciendo una contradicción metafísica. Es verdad que esto dice más bien en favor del amor, el cual, si fuera posible, haría contradicciones metafísicas. Pero en realidad, no se puede entregar «totalmente» nunca, porque ese centro es inalienable, propiamente hablando. Puedo admirar, servir, pero «desde mí». Mi centro, como tal, no se lo puedo entregar, es intransferible; tan profundo es ese estar yo en mí mismo; es mi ser; in-sisto, y por eso soy yo.

5) *La precariedad*: soy una insistencia simple, transparente, autónoma, pero al mismo tiempo me siento *precaria*, es decir, no me siento seguro; soy autonomía, pero no las tengo todas conmigo. Porque estoy limitado en las aspiraciones; no puedo asimilarlo todo, no puedo adentrarlo todo; es imposible; las cosas exteriores, el mundo, lo «otro» me desborda, y eso hace que yo me sienta pequeño, precario, insatisfecho, insuficiente; no puedo hacerlo todo insistente en mí. Más aún, siento una continua amenaza, un peligro de dejar de ser totalmente: la amenaza de la *nada*. Así

que somos a la vez autónomos y somos precarios en la autonomía; nos sentimos una verdadera autonomía, pero autonomía en peligro continuo, limitada y en riesgo: es característica nuestra.

6) Precisamente por esta precariedad sentimos interiormente otra característica, la necesidad del *absoluto*; esa vivencia de nuestra precariedad, ese sentir de nuestra precariedad nos hace necesariamente buscar un apoyo en lo otro, una especie de in-sistencia en otro, sin perder nuestro ser. Es la gran experiencia de la humanidad, que los místicos han vivido y descrito en grado superlativo. El mismo Plotino, místico pagano, tiene maravillosas descripciones, en muchas de las cuales se han inspirado los mismos místicos cristianos, quienes han tomado fórmulas de aquél. Esta precariedad de mi autonomía — explico brevemente — hace que yo busque un fundamento seguro donde apoyarme, porque yo en mí no me siento totalmente apoyado, y ese fundamento seguro tiene que ser algo *absoluto*, *totalmente absoluto*. Pero ese fundamento en el absoluto yo no lo puedo encontrar saliendo de mí, sino entrando en mí; cuanto más estoy en mí, cuando en realidad más yo me interiorizo en mí mismo, tanto más puedo encontrar el verdadero punto ontológico de apoyo de mi interioridad en el ser absoluto; así que en ese «entrar en sí» (in-sistir) es donde yo puedo encontrar el verdadero punto de apoyo; el éxtasis, el éxtasis de los místicos (y algo de éxtasis metafísico tenemos todos), el éxtasis de los místicos, ese salir de sí, *éx-tasis*, es un salto hacia fuera, una especie de ex-sistencia; pero el auténtico éxtasis, la auténtica ex-sistencia se realiza precisamente no en el camino «hacia fuera», sino en el camino «hacia dentro»; cuando uno sale de sí sin más, sin haberse instalado en su interioridad, sale, y no por el camino de la interioridad, entonces sale de sí para estar perdido entre las cosas; la única forma auténtica para el hombre de salir de sí es el paso previo por la interioridad; cuando tanto entra uno en sí que sale de sí por entrar mucho en sí; la verdadera salida de sí está en la interioridad, dentro del hombre mismo; es el camino agustiniano: *in interiore homine habitat veritas*. Hay, por supuesto, unos éxtasis místicos donde ya la presencia de Dios se deja sentir en forma sobrenatural, con especial luminosidad y evidencia. Aquí hablamos de ese éxtasis ínsito en el ser mismo del hombre; el cual es relación, flecha, dirección hacia lo absoluto, justamente vivido en la máxima interioridad. Según nuestros análisis ya sentimos el apoyo en el mismo absoluto, ya realmente tenemos y experimentamos un punto inicial de contacto; es verdad que otros filósofos todavía lo discuten; creemos que deben estudiar mucho más profundamente al hombre.

7) Otra característica de ese centro interior es la *inter-insistencia*; mi in-sistencia, mi realidad, no está aislada en el mundo, sino que está junto con otras insistencias. No se capta a sí sola. He dicho antes que emerger a esta conciencia de mi insistencia

es siempre en relación con otras realidades externas, y las más importantes realidades externas son los otros «yo», las otras personas. Un niño que no tiene en absoluto trato con seres humanos, no tendría la conciencia evolucionada, no podría decir «yo», sino de modo muy difuso e impreciso; esto lo he analizado más detenidamente esta mañana en la Universidad *.

8) Finalmente, otra característica de ese centro, de esa insistencia, y esto es lo *propio* del hombre, es que es una insistencia *encarnada*, insistencia en la materia, en un cuerpo material, y, por ello, en el mundo material. Por ser insistencia encarnada el hombre se encuentra inserto, relacionado, metido con todas sus raíces dentro de las cosas materiales; esta es una característica sumamente importante; si el hombre fuera in-sistencia, pero no estuviera encarnado, manteniendo su autonomía precaria, estaría en la situación de los ángeles; los ángeles son in-sistenciales también, autónomos, pero precarios; Dios es in-sistencia, autónoma, pero total, absoluta, por eso es Dios infinito; Dios es el que está máximamente «en-sí», porque tiene máxima interiorización; el ángel la tiene también, mucho más transparente que el hombre, porque no está sumergido en la materia; el hombre tiene in-sistencia fundamental, pero al mismo tiempo él está sumergido en la materia, que es un peligro para su interioridad, pues siempre hay mayor difusión hacia afuera. Pero, en cambio, el hombre, por estar sumergido en la materia, es el único ser que puede en el mundo vivir entre las cosas materiales, asumir las cosas materiales, percibir la belleza de las cosas materiales; elevarlas a Dios, dar sentido al mundo. El hombre da sentido al mundo; imagínense ustedes que en el mundo no hubiese seres como el hombre, es decir, in-sistencias en materia; que Dios dijera: quiero el mundo material con todas sus bellezas, paisajes, armonías, y lo voy a dar a que lo pueblen los ángeles; ¿qué pasaría?, los ángeles no tienen «sentidos»: no podrían percibir el aroma de las flores; sabrían lo que es el color o el aroma en sí mismo, pero no podrían *ver* la belleza de los paisajes, ni *oír* el sonido de la música. Todo eso, los ángeles, como tales, no lo pueden percibir. Es el hombre el único que está sumergido en las cosas y puede verdaderamente percibir y gozar, teniendo la sensación del goce de la belleza de un paisaje; los ángeles lo sabrían sólo intelectualmente, teóricamente; pero la vivencia misma ya no la pueden tener porque no son materia. Es el gran privilegio, por tanto, del hombre por ser material, de ser el rey, el sacerdote, el poeta de la creación y dar sentido al mundo; y eso es lo que caracteriza al hombre.

(*) En una conferencia sobre «El hombre como ente social».

La in-sistencia, verdad primera del hombre y de la filosofía

Estas son las características principales (se podrían señalar algunas otras) de la realidad más íntima del hombre, de esto que he llamado «in-sistencia», de este centro óptico que es la realidad más originaria del hombre, por lo cual lo he llamado la esencia primera del hombre, la verdad del ser del hombre, la verdad primera en que se apoya toda otra verdad sobre el hombre.

Podríamos declarar esto en unos minutos, antes de terminar, todavía más, mostrando cómo es realmente el centro originario, con algunas rápidas indicaciones. El hombre se halla replegado sobre sí mismo, «*siendo en sí*», como la primera cosa que es él; por eso el hombre se posee a sí mismo, si no, no se poseería; el hombre es una auto-poseción. Asimismo, está en-sí también por el conocimiento de sí; este conocimiento es el conocimiento más cierto, es lo más cierto que el hombre conoce; no solamente está incluido y presupuesto en todo otro conocimiento, trasciende todo otro conocimiento, es seguridad de nuestra certeza. Y vamos a ver mañana todavía otra gran característica de esta in-sistencia: porque en esa experiencia insistencial, vamos a encontrar la solución del problema del ser. ¿Qué es el ser?, preguntábamos antes; pues bien, el encuentro con el ser, lo vamos a tener juntamente en este encuentro con el hombre; el hombre es un ser metafísico que al encontrarse a sí mismo encuentra el ser. El gran problema de la filosofía, el gran problema de la vida — ¿qué es el ser? —, el hombre lo encuentra enraizado en su propio conocerse, en su propio ser; tendremos, pues, en esta misma insistencia, la respuesta a la pregunta por el ser, a la pregunta por la metafísica.

Dedicaré pasado mañana atención especial a una serie de textos de filósofos importantes, en los cuales aparece que ellos mismos han tenido estas vivencias: Sócrates, Platón, San Agustín, el mismo Santo Tomás, Kant... Esos textos nos van a ilustrar a nosotros sobre el hecho de que otros filósofos han estado justamente «*viendo*» esto mismo. No es vivencia nueva; lo que hago, simplemente, es apuntar a ello, poniendo de relieve, mostrando cómo en ello está lo más simple del hombre y a la vez el centro de los problemas de la filosofía.

Debo excusar ante ustedes el haber empleado aquí tres cuartos de hora en decirles a ustedes esto, tan sencillo, que parece una vulgaridad. Los grandes principios de la filosofía y las grandes soluciones filosóficas son siempre muy simples; son simplicísimas; pero están en el ambiente vagamente hasta que logran cristalizar. Por ejemplo, nadie duda de la gran importancia de la «*afirmación metafísica*»: el primer principio de la filosofía es, sin embargo, la cosa más simple que ustedes puedan imaginar, casi la perogru-

llada más grande que hay: «el ser es, y el no ser no es». Cualquier inteligencia humana lo sabe.

Sin embargo, ese es el primer principio metafísico; pero hay que mirarlo con lupa para captar *todo* lo que contiene dentro. Estamos aquí en un caso parecido. La realidad originaria del hombre es lo más simple, es esto, una cosa tan sencilla, el-ser-en-sí, la in-sistencia; sin embargo, si nosotros lo consideramos, veremos que tiene una trascendencia ilimitada, que afecta a todo el hombre.

In-sistencia y dignidad del hombre

Termino con una observación. Creo yo que más que nunca es necesario que estudiemos esa esencia del hombre como centro interior, desde el cual uno tiene que dirigirse; incluso cuando yo estoy actuando «hacia fuera», vertido hacia fuera, tengo que hacerlo «desde adentro»; cuando yo amo, tengo que hacerlo desde adentro. Ahora bien, el gran peligro del hombre moderno es precisamente esa tremenda dispersión, ese peligro de las cosas de afuera que nos atraen, que nos distraen; tantas atracciones, tanta facilidad en la vida para todo, que hacen que nosotros nos dispersemos, y si nos dispersamos nos descentramos, y ya no podemos nosotros ser nosotros mismos. Y no sólo por causa de las distracciones, sino también porque la complejidad de la vida política, económica y cultural del mundo moderno impone cada vez mayores exigencias «desde afuera», mayor organización y mayor direccionismo. Nos quitan entonces la espontaneidad, la interioridad, con peligro de quitarle al hombre su mayor dignidad, su mayor responsabilidad, su mayor jerarquía.

Mañana veremos, pues, qué es el ser, y cómo a través de la experiencia in-sistencial, podemos iluminar esa tremenda pregunta de la filosofía y del hombre.

ISMAEL QUILES, S. I.

Vicerrector de la Universidad del Salvador (Buenos Aires). Profesor de Historia de la Filosofía en la Facultad de Filosofía (San Miguel).